



CUADERNO DE
EDUCACIÓN SOCIAL

WILLIAM
MORRIS



V **CÓMO**
VIVIMOS
Y CÓMO
PODRÍAMOS
VIVIR

81
CUADERNOS DE EDUCACION SOCIAL

•
WILLIAM MORRIS

**Cómo vivimos
y cómo podríamos vivir**



EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD»
BARCELONA 1936

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

REVOLUCIÓN

La palabra *revolución*, que hemos de emplear con tanta frecuencia, suena terriblemente en los oídos de muchas personas, aun cuando hayamos manifestado que no implica forzosamente un cambio acompañado de tumulto y toda clase de violencia, ni menos hecho mecánicamente y contra la opinión general por un grupo de individuos que de una u otra manera hayan logrado posesionarse del poder ejecutivo por el momento. Aun cuando hagamos ver que tomamos la palabra *revolución* en su sentido etimológico y entendemos por la misma un cambio de los cimientos de la sociedad, la gente se espanta a la idea de tan vasta transformación y quieren que hablemos de *reformas* y no de *revolución*; lo que esa buena gente quiere decir con su palabra *reforma*, no puedo menos de pensar que sería un error usarla, por más que podríamos ocultar nuestros proyectos bajo su careta inocente. Así, pues, no abandonemos la palabra que significa un cambio de la base de la sociedad; puede asustar a la gente, pero al menos les advertirá que hay algo de que asustarse, que no será menos peligroso cuando no se hace caso de ello, y también puede alentar a otros significando para ellos, no un

temor, sino al contrario, una esperanza. *Temor y esperanza*, he aquí los nombres de las dos grandes pasiones que gobiernan la raza humana, con las que los revolucionarios tienen que habérselas. Dar esperanza a los muchos oprimidos y temor a los pocos opresores : he aquí nuestra tarea ; si hacemos lo primero y damos esperanzas a los más, los pocos quedarán asustados por la esperanza de aquéllos ; no queremos darles otra clase de susto, no pedimos venganza para los pobres, sino felicidad ; y en efecto ¿qué clase de venganza puede tomarse por todos los miles de años de sufrimientos de los pobres ?

Con todo, muchos de los opresores de los pobres, los más podemos decir, no se dan cuenta de que son opresores ; llevan una vida ordenada y tranquila muy distante de los sentimientos de un romano dueño de esclavos o de un mata-negros americano ; saben que los pobres existen, pero sus sufrimientos no se les presentan de una manera chocante y dramática ; ellos mismos tienen sus apuros, y piensan sin duda que tener apuros es la suerte de la humanidad, y además les faltan los medios de comparar sus propios apuros con los de la gente que ocupa la escala más baja de la sociedad ; y si alguna vez se le impone la idea de esos apuros más apremiantes, se consuelan con la máxima de que las gentes se acostumbran a los apuros que han de llevar, sean de la clase que quieran.

En efecto, al menos por lo que a los individuos atañe, esta es una verdad harto manifiesta, es virtud de la cual tenemos como sostenedores del estado actual de las cosas, por pésimo que sea ; primero, aquellos acomodados opresores inconscientes que piensan que lo han de temer todo de cualquier cambio que pueda implicar más que reformas suavísimas y gradualísi-

mas, y en segundo lugar, las pobres gentes que, vi-
viendo con penas y angustias, pueden apenas concebir
que para ellos sea posible un cambio en sentido de me-
jora y no se atreven a arriesgar lo más mínimo de su
miserio haber para dar un paso hacia una cosa tan
problemática ; de modo que mientras podemos hacer
poco con los ricos, fuera de inspirarles miedo, es difícil
dar esperanza a los pobres. Nada más razonable que
aquellos a quienes tratamos de involucrar en la gran
lucha por una forma mejor de vida que la que llevamos
ahora, exijan de nosotros que les demos al menos una
idea de lo que aquella vida mejor puede ser ; pero es
difícil satisfacer esta petición, puesto que vivimos bajo
un sistema que hace casi imposible siquiera un esfuer-
zo consciente para la reconstrucción ; razón nos sobra-
ría para contestar que hay ciertos obstáculos determi-
nados para todo progreso real de la humanidad ; pode-
mos indicároslo ; allanadlos y veréis.

A pesar de esto voy a ofrecerme como víctima para
la satisfacción de aquellos que consideran que tal como
las cosas andan ahora, al menos tenemos algo, y les
asusta la idea de perderlo porque temen que luego se
encontrarán peor no teniendo nada. Vamos a ver, pues,
con alguna atención, cómo vivimos bajo nuestro siste-
ma actual.

ESTADO DE GUERRA

En primer lugar hay que darse cuenta de que nuestro sistema actual de la sociedad está basado en un estado perpetuo de guerra. ¿Es posible que haya quien crea que esto debe ser así? Bien sé que muchas veces se ha dicho que la competencia, que ahora domina toda la producción, es una cosa buena porque estimula el progreso de la humanidad, pero la gente que dice esto debería llamar la competencia con su verdadero nombre de guerra si quisiese ser sincera, y entonces quedaríamos libres para considerar si la guerra estimula el progreso o no. La guerra o competencia, como quiera llamársele, significa que uno persigue su propia ventaja en perjuicio de otro, y en el curso de la misma no debe repararse en la destrucción de las propias posesiones si no quiere salirse vencido en la lucha. Esto lo entiende todo el mundo perfectamente con respecto a la clase de guerra en que las gentes salen para matar y dejarse matar, esa clase de guerra en que hay almirantes que reciben el cometido de «hundir, quemar y destruir la armada enemiga»; pero parece que la cosa no es tan clara con respecto al despilfarro de bienes cuando se trata de aquella otra guerra llamada comercio; y sin embargo, el destrozo es el mismo.

Miremos un poco más de cerca esta forma de guerra para ver cómo se cumple la orden de «quemar,

echar a pique y destruir». En primer lugar tenéis la forma llamada rivalidad nacional, que hoy día es la causa de todas las guerras con pólvora y bayonetas que hacen las naciones civilizadas. Años atrás, los ingleses las hemos huído, excepto en aquellas felices ocasiones en que las podíamos llevar a cabo sin ninguna clase de peligro para nosotros, cuando toda la matanza, según toda probabilidad, podía ser del lado enemigo. Hemos repugnado la guerra de pólvora con un enemigo respetable porque hemos tenido la parte del león en el mercado del mundo; no queríamos luchar por ella como nación, porque la teníamos ya; pero ahora esto va cambiando de una manera muy notoria; estamos perdiendo o hemos perdido aquella parte del león; ahora tenemos una «competencia» desesperada entre las grandes naciones civilizadas por el mercado del mundo, y mañana puede ser una guerra desesperada con este fin. Como resultado el fomento de la guerra (si no es en demasiado grande escala), no pertenece ya exclusivamente a los antiguos conservadores de honra y gloria, quienes realmente querían decir que una guerra conservadora sería una buena ocasión para tener sumisa la democracia; todo esto ha cambiado y ahora hay una clase muy diferente de políticos que suelen estimular nuestro «patriotismo» como lo llaman, jefes de los progresistas radicales, individuos de cabeza larga que saben muy bien que se verifican movimientos sociales, a quienes no se les oculta que el mundo se moverá con su ayuda o sin la misma; éstos son los patrioterros de hoy. No quiero decir que sepan lo que hacen; los políticos, como es bien sabido, cierran cuidadosamente sus ojos a todo cuanto puede suceder seis meses adelante; pero lo que sucede es que el sistema actual, que implica siempre la rivalidad nacional, nos empuja a

una rebatiña desesperada por los mercados, en condiciones más o menos iguales con otras naciones, porque hemos perdido el predominio que teníamos. Desesperado no es una palabra demasiado fuerte. Este afán de arrebatarse mercados nos llevará adonde quiera, adonde debe; hoy es bandolerismo feliz e infame; mañana puede ser derrota y deshonra.

Esto es una digresión, aunque al decirlo estoy más cerca de lo que generalmente se llama política, de lo que volveré a estar. Quiero solamente hacer ver adónde va a parar la guerra comercial cuando tiene que habérselas con naciones extranjeras y que hasta el más torpe puede ver como ha de ir acompañada de despilfarro; esto es como vivimos ahora con las naciones extranjeras, dispuestos a arruinarlas sin guerra, si es posible; con ella, si es preciso, continuando entretanto la ignominiosa explotación de tribus salvajes y pueblos bárbaros a quienes imponemos a la fuerza nuestras mercancías de desperdicios y nuestra hipocresía.

En lugar de todo esto, el comunismo ofrece la paz y la amistad. Podríamos vivir sin ninguna rivalidad nacional, reconociendo que aunque es lo mejor que se gobiernen por sí solos los que sienten que por la naturaleza constituyen una comunidad bajo el mismo nombre, sin embargo, ninguna comunidad civilizada debe figurarse que tenga intereses opuestos a los de cualquier otra, siendo iguales las condiciones económicas de cada una, de modo que cualquier ciudadano de una comunidad pudiera trabajar y vivir sin estorbo, cuando se encontrara en un país extranjero y cabría en su puesto de la manera más natural; de modo que todas las naciones civilizadas formarían una comunidad grande, acorde, con respecto a la calidad y cantidad de la producción y su distribución y producción,

produciendo tal o cual producto donde podría hacerse con más ventaja, y evitando el despilfarro de todos modos. Imaginaos la cantidad de gasto inútil que se evitaría, el aumento enorme que semejante revolución aportaría a la riqueza del mundo. ¿Dónde está la criatura terrestre que resultaría perjudicada por semejante revolución? ¿no estaría, al contrario, todo el mundo mejor? ¿y qué lo impide? Ya lo diré luego.

LIBRE CONCURRENCIA

Pasemos de la competencia entre las naciones a la que existe entre «los organizadores del trabajo», las grandes razones sociales, las sociedades por acciones y demás capitalistas, y veamos cómo la competencia estimula la producción entre ellos. Ciertamente, lo hace; pero ¿qué producción es esa? Es la producción de algo para vender con ganancia, o sea la producción de ganancias, y véase cómo la guerra comercial estimula esta producción: cierto mercado demanda géneros; hay, digamos, un centenar de fabricantes que hacen esta clase de géneros, y cada uno de ellos quisiera, si pudiese, guardar este mercado para sí solo y se afana desesperadamente para conseguir tanto como pueda; siendo el resultado natural que ahora la cosa está extremada y el mercado atestado de mercancías, toda esta furia de fabricación ha de cesar forzosamente. ¿No les parece que esto es como la guerra?, ¿no veis el despilfarro de esto, despilfarro de trabajo, de habilidad, de astucia, de vida, en fin? Bien es verdad, diréis acaso, pero abarata los géneros. Hasta cierto punto sí, y aun sólo aparentemente, puesto que los salarios para el trabajador ordinario tienen tendencia a bajar en la misma proporción que los precios. ¿A qué precio obtenemos esta apariencia de baratura? Para decirlo claramente, al precio de estafar al consumidor y matar de hambre al verdadero productor en beneficio del juga-

dor, para el cual son vacas de leche tanto el consumidor como el productor. No necesito entrar de lleno en el asunto de la adulteración, porque todo el mundo sabe el papel que ésta desempeña en esa clase de comercio, pero téngase presente que es un incidente absolutamente necesario en la producción de ganancias por medio de mercancías, que es el negocio del llamado fabricante, y por otra parte el consumidor por punto general está completamente indefenso contra el jugador; las mercancías se le imponen por su baratura y con ellas cierta clase de vida determinada por esa baratura agresiva y enérgica; pues de tanto alcance es esta plaga de la guerra comercial, que ningún país está a salvo de sus devastaciones; las tradiciones de mil años caen en un mes; invade la guerra comercial un país débil o semibárbaro, y todo cuanto había se hunde en un charco de sordidez y fealdad; el menestral indio o javanés ya no ejerce un oficio cómodamente trabajando unas cuantas horas al día para producir un laberinto de singular belleza en una pieza de paño; una máquina de vapor se pone en marcha en Manchester, y esa victoria sobre la naturaleza y mil dificultades rebeldes, es empleada para el trabajo útil de producir una especie de emplasto de arcilla y desperdicios vegetales, y el obrero asiático, si no muere materialmente de hambre, como sucede en gran escala, tiene que entrar en una fábrica para rebajar el salario de su hermano, obrero de Manchester, y no le queda nada de su carácter, sino probablemente un cúmulo de miedo y odio a ese mal para él inexplicable, su amo inglés. El isleño del Pacífico ha de abandonar su ocupación de excavar canoas, su dulce reposo y sus graciosos bailes para hacerse esclavo de un esclavo; los pantalones, los tejidos de desperdicios, el ron, los mi-

sioneros y enfermedades fatales, toda esta civilización la ha de tragar en globo, y ni él mismo ni nosotros podemos remediarlo hasta que el orden social reemplace la honrosa tiranía del juego de bolsa que le ha arruinado.

Dejando éstos como tipos de consumidores, vamos a ver cómo afecta al verdadero productor, al obrero, esta rebatiña por la explotación del mercado. El fabricante, en la premura de su guerra, ha reunido en vecindario enorme ejército de trabajadores, los ha ejercitado hasta quedar apropiados para su especialidad de producción, es decir, para sacar ganancia de la misma, y con el resultado de que no sirven para nada más; pues bien: cuando queda repleto el mercado que provee ¿qué sucede a ese ejército del que cada individuo depende de la demanda continua en aquel mercado, y obra como no puede dejar de obrar, como si hubiese de continuar eternamente? Bien sabéis lo que les pasa. La puerta de la fábrica se cierra para un gran número, y en el caso más favorable para el ejército de reserva tan activamente ocupado en la época de empuje, ¿qué se hace de ellos? Harto lo sabemos; pero lo que no sabemos o no queremos saber, es que este ejército de reserva es una necesidad absoluta para la guerra comercial; si nuestros fabricantes no tuviesen estos pobres diablos para arrastrarlos a sus máquinas, cuando la demanda va creciendo, otros fabricantes de Francia, Alemania o América vendrían a quitarles el mercado. Veis, pues, que como vivimos ahora, es necesario que una parte muy grande de la población industrial se halle expuesta al peligro de morir casi de hambre periódicamente y no en beneficio del pueblo de otra parte del mundo, sino al contrario, para su envilecimiento y esclavización. Dejad, pues, correr la fantasía

un momento para haceros cargo del despilfarro que significa eso de abrir mercados nuevos en países salvajes y bárbaros, que es el tipo extremado de la fuerza del mercado de ganancias del mundo, y comprenderéis la horrorosa pesadilla que en este mercado, que nos tiene sudando y espantados por nuestra vida, incapaces de leer un libro, o mirar un cuadro, o dar un paseo por agradables campos, o tendernos al sol, o de participar de los conocimientos de nuestra época; en fin, de tener placeres animales o intelectuales, y ¿para qué? para que continuemos viviendo la misma vida esclavizada hasta que muramos, para proporcionar a un rico lo que se llama una vida de comodidades y de lujo, es decir, una vida tan vacía, insalubre y degradada, que tal vez al fin y al cabo está peor que nosotros los trabajadores; y en cuanto al resultado de este sufrimiento, el más favorable es cuando no es nada absolutamente, cuando podéis decir que las mercancías no han hecho bien a nadie, pues las más de las veces sucede que han hecho mal a mucha gente y que hemos trabajado y gemido y muerto haciendo veneno y destrucción para nuestros prójimos.

Pues bien: digo que todo esto es guerra y resultado de la guerra, no de naciones competidoras, sino de capitalistas y sociedades de capitalistas, y es esta guerra de las casas capitalistas la que impide la paz entre las naciones que hemos encontrado tan necesaria, pues debe reconocerse que la guerra es el elemento de vida de estas casas combatientes que en nuestra época han reunido en sus manos casi todo el poder político, y que en cada país se juntan para hacer a sus respectivos gobiernos desempeñar precisamente dos funciones: la primera la de policía fuerte en el propio país para guardar el circo en que los fuertes batan a los débiles,

y la segunda la de obrar como guardia de piratas para con el extranjero, una bomba para abrir las puertas que conducen a los mercados del mundo, mercados a cualquier precio en el extranjero, privilegios inatacables en el país y proporcionar éstos es la única incumbencia de los gobiernos, como los conciben nuestros capitanes industriales. Vamos ahora a examinar la razón de todo esto y trataremos de contestar a la pregunta, ¿por qué han adquirido todo este poder los gananciosos, o al menos, por qué son capaces de guardarlo?

PROLETARIADO

Esto nos conduce a tratar de la tercera forma de la guerra comercial, la última en que descansa todo el resto. Hemos hablado primero de la guerra de las naciones rivales, luego de la de las casas rivales; ahora hemos de hablar de los individuos rivales. Así como las naciones, bajo el sistema actual, son empujadas a competir una con otra por los mercados del mundo y como las casas o jefes industriales tienen que arrebatare su participación en las ganancias de los mercados, asimismo tienen que luchar unos con otros los trabajadores para ganarse la vida, y esta constante competencia o guerra entre ellos mismos es lo que hace posible a los explotadores hacer sus ganancias y por medio de ellas toman en sus manos todo el poder ejecutivo de la nación. Pero aquí está la diferencia entre la posesión de los trabajadores y la de los gananciosos: para estos últimos la guerra es necesaria, el gananciosismo es imposible sin competencia individual, cooperativa y nacional; para ganarse la vida se puede trabajar sin competencia, podéis asociaros en vez de competir. He dicho que la guerra era el elemento vital de los gananciosos; de la misma manera, la asociación es la vida para los trabajadores. Las clases trabajadoras que constituyen el proletariado no pueden existir como clase sin asociación de una u otra especie. La necesidad que obligó a los gananciosos a juntar a los trabajadores primero en talleres según la división del trabajo

y luego en grandes fábricas puestas en marcha por maquinaria, acumulándolos gradualmente en las grandes ciudades y centros de civilización, ha dado origen al proletariado como clase distinta, dándole su existencia mecánica por decirlo así. De esta manera están realmente unidos en grupos sociales para producción de mercancías, pero por ahora sólo mecánicamente; no saben en qué trabajan ni para quién trabajan, porque están reunidos para producir mercancías de las que la ganancia de un amo forma la parte esencial en vez de producir mercancías para su propio uso; mientras hacen esto compitiendo uno con otro, con el permiso de hacerlo serán y se sentirán simplemente como parte de esas casas competidoras, no serán más que una parte de maquinaria para la producción de ganancias, y mientras esto dure, será el objeto de los amos o ganancieros reducir el precio del mercado de esta parte humana de su maquinaria, es decir, teniendo ya en sus manos el trabajo de los muertos en forma de capital y maquinaria, su interés o digamos la necesidad les obliga a pagar tan poco como puedan por el trabajo de los vivos que tienen que comprar al día, y como los obreros que emplean no tienen nada más que su fuerza trabajadora, se ven forzados a ofrecerse el uno por menos que el otro para obtener empleo y salario, haciendo así posible el juego del capitalista.

He dicho que como están las cosas, los trabajadores son un aparte de las casas competidoras, un complemento del capital. Sin embargo, lo son solamente por compulsión, y aun sin darse cuenta de ello luchan contra esta compulsión y sus resultados inmediatos, el descenso de sus salarios, de su tipo de vida; y esto lo hacen y deben hacerlo como clase e individualmente, exactamente como el esclavo de los grandes señores ro-

manos; aunque claramente se sentía como parte de la casa, colectivamente era una fuerza en reserva para su destrucción e individualmente desertaba de su amo siempre que podía hacerlo con seguridad. Tenemos aquí otra forma de guerra necesaria en nuestro modo de vivir actual, la guerra de clase contra clase, que cuando llegue al extremo (y parece que este término se aproxima) destruirá aquellas otras formas de guerra de que hemos hablado, hará insostenible la posición de los ganancieros; la guerra comercial perpetua destruirá el sistema actual del privilegio competidor o la guerra comercial.

He dicho que para la existencia de los trabajadores era necesaria la unión y no la competencia, mientras para los ganancieros la unión era imposible y la guerra necesaria. La situación actual de los trabajadores es la de la maquinaria comercial, o en términos más llanos, de sus esclavos; cuando ellos cambien de posición haciéndose libres, la clase de ganancieros dejará de existir; ¿y cuál será entonces la situación de los trabajadores? Aun tal como está ahora, ellos son la única parte necesaria de la sociedad, la que da vida; las otras clases no son más que parásitos que viven de ellos; pero *¿qué serían, qué serán, cuando una vez para siempre lleguen a conocer su poder real y dejen de competir unos con otros para ganarse la vida? Os lo diré: serán la sociedad, serán la comunidad, y siendo la sociedad, esto es, no habiendo ninguna clase fuera de ellos con que luchar, podrán arreglar su trabajo de conformidad con sus propias necesidades reales.* Habéis oído hablar de oferta y demanda, pero esta oferta y demanda se entiende bajo el dominio del mercado de los jugadores de bolsa; la demanda es forzada antes de hacer oferta y por otra parte, los productores no

pueden quedar ociosos, puesto que cada uno trabaja contra todos hasta que el mercado está atestado, y los trabajadores echados a la calle, oyen decir que ha habido exceso de producción, y en medio de este exceso de géneros invendibles, ellos están desprovistos hasta de lo necesario, porque la riqueza que ellos han creado está mal distribuída, es decir, que se les ha despojado de ella injustamente. Cuando los trabajadores sean sociedad, regularán su trabajo de modo que la oferta y la demanda verdaderas, no de juego, los dos factores sean entonces proporcionales, porque es la misma sociedad que demanda la que ofrece; no habrá carestías artificiales, no más pobreza en medio de exceso de producción, en medio de existencias demasiado grandes, precisamente de las cosas que deberían abastecer a la pobreza convirtiéndola en bienestar. En fin, no habrá despilfarro y no habrá tiranía.

COMUNISMO

Pues bien, lo que el comunismo os ofrece en lugar de estas carestías artificiales con su sobreproducción es, para repetirlo, la regulación de los mercados, oferta y demanda proporcionales; nada de juego y, por lo tanto, nada de despilfarro; nada de exceso de trabajo y cansancio para el trabajador durante un mes, y falta de trabajo y sobra de hambre al mes siguiente, sino trabajo continuo y mucho tiempo libre cada mes; nada de mercancías baratas para el mercado, es decir, géneros adulterados que casi no contienen nada bueno, meros andamios para construir ganancias; nada de invertir trabajo en cosas que las gentes dejarán de usar cuando dejen de ser esclavos; abolida la ganancia se fabricarán tan sólo las cosas de utilidad real, y no como ahora las que convienen a los ganancieros del país y del extranjero.

Hay que tener presente que al menos en todo país civilizado hay abundancia de todo para todos, o podría haberla aun con la mala dirección actual del trabajo; la distribución equitativa de la riqueza que existe haría a todos relativamente acomodados; pero esto no es nada en comparación con la riqueza que pudiera haber si el trabajo no estuviese mal dirigido.

Obsérvese que en los primeros días de la historia, el hombre era el esclavo de sus necesidades más inmediatas; la naturaleza era poderosa y él era débil; tenía que luchar constantemente por su pan de cada día

y el abrigo que podía conseguir. Su vida era atada y limitada por esta lucha constante; toda su moral, ley, religión, era el resultado y el reflejo de esta incesante lucha por ganarse la vida. Pasó el tiempo y poco a poco se hizo más fuerte; cada paso le servía de palanca para subir un peldaño más, hasta que ahora, después de tantos siglos, ha vencido a la naturaleza casi por completo, y sería de pensar que tuviera suficiente tiempo libre para elevar sus pensamientos hacia cosas superiores a proporcionarse la comida de mañana. Pero ¡ay! su progreso ha sido interrumpido y paralizado, y aunque realmente ha vencido a la naturaleza obligándola a hacer lo que quiere, tiene todavía que conquistarse a sí mismo, tiene todavía que pensar cómo emplear mejor las fuerzas que ha domeñado, pues ahora las usa ciega y brutalmente como impelido por la pura fatalidad. Casi parece como si algún fantasma de la incesante busca de alimento que antes era el dueño del salvaje, acosase todavía al hombre civilizado, quien se afana por un sueño, por decirlo así, perseguido por nebulosas esperanzas y llevado por vagos recuerdos de los días pasados. De este sueño hemos de despertarnos y llevar las cosas como realmente son; la conquista de la naturaleza, y mientras esto no se haya intentado al menos, no quedaremos libres de aquel terrible fantasma, del miedo al hambre que con su hermano demonio el deseo de dominación nos impele a la injusticia, la crueldad y vileza de toda clase; dejad de temer a vuestros prójimos y aprended a confiar en ellos; acabar con la competencia y establecer la cooperación en vuestra única necesidad.

Entrando más en los pormenores, sabido es que en la civilización todo individuo vale más, por decirlo así, que su pellejo; es decir, trabajando socialmente, como

debe trabajar, puede producir más de lo necesario para mantenerse vivo y en buen estado, y esto ha sido durante muchos siglos, desde los tiempos en que las tribus guerreras empezaron a hacer esclavos a sus enemigos vencidos en vez de matarlos, y naturalmente su capacidad de producir excedente ha ido aumentando cada vez más hasta que hoy un individuo, por ejemplo, puede tejer tanta tela en una semana como bastaría para vestir toda una aldea por una serie de años; y el verdadero problema de la civilización ha sido siempre lo que haremos con esta producción excedente del trabajo, problema que el fantasma del temor al hambre y su compañero el deseo de dominio ha llevado a los hombres a resolver siempre de mala manera y peor tal vez en estos últimos tiempos en que el excedente de producción ha crecido con una rapidez tan prodigiosa. La contestación práctica ha sido siempre que el hombre ha de luchar con su prójimo por la posesión privada de una parte indebida de este exceso, y toda clase de artificios han sido empleados por aquellos que se encontraron en posesión del poder de quitarla a otros, para mantener a los que habían robado en sumisión perpetua, y estos últimos, como he indicado ya, no tenían medios de resistir este esquilero, mientras eran pocos y diseminados y por consiguiente podían sentir poco su opresión común. Pero ahora que, gracias a este mismo afán de ganancia o participación indebida del exceso de producción, los hombres han venido a depender cada vez más uno de otro para la producción y han sido impelidos por este afán a unirse más completamente, la fuerza de los trabajadores, es decir, de la clase robada o esquilada ha aumentado enormemente y no les falta más que comprender que poseen este poder. Cuando hayan llegado a esto, podrán dar la verdadera contestación a la

pregunta que ha de hacerse con el extraproducto del trabajo más allá de lo que el trabajador necesita. Esta contestación es que el trabajador tendrá todo lo que produce, o que no será esquilado de ninguna manera, y téngase presente que produce colectivamente, y por esto hará eficientemente el trabajo que se le pedirá según su capacidad, y del producto de este trabajo tendrá lo que necesite: puesto que no puede usar más de lo que necesita, puede solamente malgastarlo.

Si este arreglo os parece exageradamente ideal, como podría ser, considerando nuestro estado actual, lo apoyaré diciendo que cuando los hombres estén organizados de modo que su trabajo no se malgaste, quedarán aliviados del temor de morir de hambre y del deseo de dominar, y tendrán la libertad y el tiempo de mirar lo que realmente necesitan. Pues bien, algo de esto lo concibo para mí mismo y voy a exponer mis ideas de modo que cada uno pueda compararlas con las suyas propias, rogando se tenga siempre presente que precisamente las diferencias en las capacidades y deseos de los hombres, después de satisfacer la necesidad común de la alimentación y abrigo, facilitarán la satisfacción de sus deseos en el estado comunal de las cosas. ¿Qué es, pues, lo que yo necesito y lo que las circunstancias en que vivo, mis tratos con mis prójimos pueden darme, prescindiendo de accidentes inevitables que la cooperación y previsión no pueden impedir, si realmente existen tales accidentes?

Ante todo exijo buena salud y declaro que una enorme proporción de gente civilizada apenas sabe siquiera lo que esto significa. Sentir la vida por sí sola como placer, disfrutar por el movimiento de sus miembros y el ejercicio de sus facultades físicas; jugar, por decirlo así, con el sol, el viento y la lluvia; gozarse en

la satisfacción de los apetitos físicos naturales de un animal humano, sin temor de degradación ni idea de hacer mal; todo esto y estar bien formado, con los miembros derechos, de buena constitución, de cara expresiva, en una palabra, ser hermoso, es lo que pido también. Si este deseo no se nos puede satisfacer, seremos unos pobrecitos, después de todo, y pido esto en franca oposición contra aquellas terribles doctrinas de ascetismo que, nacidas de la desesperación de los oprimidos y degradados, se han empleado durante tantos siglos como instrumento para la continuación de esta opresión y degradación.

Creo que esta pretensión de un cuerpo sano para todos, lleva consigo todas las demás pretensiones debidas, pues, ¿quién sabe por quién fueron sembradas primeramente las simientes de la enfermedad que padece hasta la gente rica? Tal vez por los excesos de algún antepasado, pero muchas veces, sospecho, por su pobreza. Y en cuanto a los pobres, he oído decir a un médico distinguido que éstos sufren siempre de una sola enfermedad, el hambre, y sé que cuando un hombre está cargado excesivamente de trabajo, no puede disfrutar la clase de salud de que hablo, ni puede, si está continuamente atado al mismo trabajo mecánico sin esperanza de salir de él, ni si vive en continua angustia por sus medios de vivir, ni si tiene mala vivienda, ni si está privado de todo disfrute de la belleza natural del mundo, ni si carece de diversión para tonificar la corriente de su espíritu de cuando en cuando: todas estas cosas que tocan más o menos directamente su condición física, derivan de la pretensión que presento de vivir en buena salud; hasta sospecho que estas buenas condiciones deberán haber regido por unas cuantas generaciones antes que la población general

será verdaderamente sana en el sentido indicado arriba ; pero tampoco dudo de que en el curso de los tiempos, en cooperación con otras condiciones, de las que hablaremos luego, se criará gradualmente tal población sana que vivirá disfrutando la vida animal al menos y, por lo tanto, feliz y hermosa, conforme la hermosura de su raza.

Lo segundo que pido es la educación, y no me digáis que ya ahora todo niño se educa, pues esta clase de educación no responde a mis deseos, si bien admito de buena gana que es algo ; pero al fin y al cabo es solamente educación de clase ; lo que yo pido es educación liberal, es decir, facilidad de participar en todos los conocimientos que existen en el mundo, según mi capacidad o inclinación y también de tener mi parte de habilidad manual, sea en las manipulaciones industriales, sea en las bellas artes, pintura, escultura, música, representación dramática y cosas por el estilo ; pido que se me enseñe, si es posible, más de un arte para ejercerlo en beneficio de la comunidad.

También sé que esta demanda de educación implica la de ventajas públicas en forma de bibliotecas, escuelas, etc., tal como ningún particular, aun el más rico, puede tener a su disposición ; estas cosas las pido muy confiadamente, estando seguro de que ninguna comunidad razonable podrá dispensarse de tener semejantes ayudas a una vida decente.

Por otra parte, la petición de educación implica una demanda de abundante tiempo libre, que también presento con la seguridad de que se me conceda, pues cuando hayamos sacudido la esclavitud del ganancierismo, el trabajo se organizará tan sin despilfarro de tiempo, que ningún individuo pueda quedar con una carga pesada, teniendo cada uno que hacer alguna cosa obvia-

mente útil. En la actualidad se observa que toda la asombrosa maquinaria que hemos inventado ha servido solamente para aumentar la cantidad de mercancías que traen ganancias, en otras palabras, para aumentar la ganancia que unos individuos se meten en el bolsillo para su propia ventaja, empleando una parte como capital para producir más ganancia con todo el despilfarro inherente, y parte como riqueza privada o medios de vivir con lujo, lo que a su vez es puro despilfarro, pues, en efecto, ha de considerarse como una especie de fogatas en que los ricos quemán el producto del trabajo que han robado a los trabajadores más allá de lo que pueden utilizar. Por esto digo, que, a pesar de nuestras invenciones, bajo el sistema actual, la existencia de esas máquinas que llaman ahorradoras de trabajo, no hace que los trabajadores trabajen menos ; pero cuando las cosas estén mejor arregladas servirán realmente para ahorrar trabajo, y el resultado será una cantidad enorme de tiempo libre para la comunidad.

Con respecto a este ocio puedo decir que como en ningún caso lo usaría para hacer mal a nadie, al contrario, haría muchas veces un bien positivo para la sociedad, practicando artes u otras ocupaciones para mis manos o cerebro que darían placer a muchos de mis compañeros ; en otros términos, gran parte del mejor trabajo se haría precisamente en las horas de ocio, por hombres libres de toda angustia y deseos de ejercer su talento especial, como por naturaleza desean todos los hombres y hasta todos los animales.

Este ocio me haría posible también darme gusto y espaciar mi mente viajando si me diera la gana, pues si, por ejemplo, fuese zapatero y estuviera establecido el orden social, no estaría obligado a seguir toda la

vida haciendo zapatos en el mismo lugar, sino que sería fácil arreglar las cosas de modo que pudiera hacer zapatos durante una temporada digamos en Roma y volver luego con nuevas ideas de construcción que tal vez podrían ser de alguna utilidad en Londres.

Por otra parte, para que mi ocio no degenera en ociosidad y haraganería, debo pedir que se me dé trabajo útil que hacer. Nada es más importante que esta demanda, sobre la cual me he de explicar con alguna extensión. He dicho que probablemente emplearía mi ocio en hacer mucho de lo que hoy se llama trabajo, pero es evidente que si soy individuo de una sociedad comunista, he de hacer la parte que me toque del trabajo pesado, si mi capacidad me lo hace posible; mi parte de aquel trabajo, absolutamente necesario para la existencia de una vida social por sencilla que fuere. Naturalmente debe ser trabajo razonable, es decir, trabajo cuya necesidad la comprende cualquiera y que, como individuo de la comunidad, he convenido que debo hacer. Para tomar dos ejemplos gráficos en sentido contrario, no me someteré a que me vistan de rojo y me embarquen para tirar contra los franceses y alemanes o árabes en una disputa que no entiendo; antes me rebelaré que hacer eso. Ni consentiré en malgastar mi tiempo y fuerzas para hacer alguna fruslería que sólo un loco puede desear; antes me sublevaré que hacer esto. Ciertamente en una sociedad bien ordenada no tendré necesidad de sublevarme contra semejantes sinrazones; hablo solamente desde el punto de vista de la manera cómo vivimos y cómo podríamos vivir. Por otra parte, si el trabajo razonable y necesario es del género mecánico, se me debe ayudar con una máquina, no para abaratar el trabajo, sino para invertir el menor tiempo posible y para que pueda pensar en otras

cosas mientras dirijo la máquina, y si el trabajo es especialmente duro y cansado se me concederá que debe hacerse por turno, pues nadie podrá exigirme que pase todas mis horas de trabajo siempre en el fondo de una mina de carbón. Pienso que semejante trabajo ha de ser principalmente voluntario y, como digo, hecho por turno; lo mismo puede decirse del trabajo sucio.

La última exigencia que tengo con respecto a mi trabajo es que los lugares en que lo he de hacer, sean fábricas, sean talleres, han de ser agradables, como son los campos en que se hace el trabajo más necesario que ningún otro. Creedme, no hay nada en el mundo que impida que esto sea así, prescindiendo de la necesidad de hacer ganancias, pues el hacer trabajar a la gente en cuevas sucias, ruinosas, insalubres, atestadas de gente, sirve tan sólo para abaratar las mercancías a expensas de la vida del trabajador.

Baste esto con respecto a mis demandas; en cuanto a mi trabajo, necesario tributo a la comunidad, creo que a medida que adelantamos en la capacidad de practicar el orden social, encontramos que la vida de esta manera resulta mucho menos dispendiosa de lo que ahora nos podemos figurar y que llegará pronto el tiempo en que la gente buscará el trabajo más bien que lo huirá, que nuestras horas de trabajo serán más bien horas de juego alegre de hombres y mujeres jóvenes y viejos, gozando en el trabajo que ahora se considera como pesada carga. Entonces habrá llegado la hora del renacimiento del arte de que tanto se habla y que tanto tarda en venir; las gentes no podrían dejar de expresar su alegría y placer en su trabajo y desearía siempre expresarlo de una manera tangible, más o menos duradera y el taller sería otra vez una

escuela de arte a cuyo influjo nadie podría sustraerse.

La palabra arte me conduce a mi última demanda, que es que todo ambiente material de mi vida sea agradable, generoso y bello; sé que esto es pedir mucho, pero he de decir también que si no puede satisfacerse, si una sociedad civilizada no puede proporcionar tal ambiente a todos sus individuos, no tengo deseo que el mundo continúe; la existencia del hombre no es más que una calamidad. No me parece posible en las circunstancias actuales hablar demasiado fuerte sobre este asunto; estoy seguro que tiempo vendrá en que parecerá difícil creer que una comunidad rica, con tanto dominio sobre la naturaleza externa, se haya resignado a vivir una vida tan baja, miserable y sucia como nosotros vivimos.

Y para decirlo de una vez para siempre, no hay nada en nuestras circunstancias que nos impela a vivir así sino la caza de la ganancia. Es el ganancierismo el que atrae a los hombres a esas enormes acumulaciones llamadas ciudades, el que nos amontona en barrios sin jardines ni espacios libres, el que no quiere tomar las precauciones más ordinarias para evitar que todo un distrito quede cubierto de espesa nube de humo sulfuroso, el que convierte los ríos hermosos en albañales sucios: el que condena a todos, menos los ricos, a vivir en casas estúpidamente estrechas y reducidas; a lo mejor y a lo peor en casas cuya miserabilidad no tiene nombre.

En cuanto a la necesidad o conveniencia de que la gente bajo el orden social viva en común, podemos diferir bastante, según nuestras tendencias, hacia la vida social. Por mi parte, no veo por qué habríamos de considerar como duro el comer con la gente con que trabajamos; estoy seguro que con respecto a muchas

cosas, como libros valiosos, cuadros y esplendor de los alrededores, encontramos mejor juntar nuestros medios, y debo decir que muchas veces me da grima la estupidez de las bajas idióticas guaridas de conejos que los ricos se construyen en cualquier punto del campo, y me consuelo figurándome el noble palacio comunal del porvenir, en que no se habrá ahorrado material ni ornamento digno, representando los pensamientos más nobles de la época y del pasado, personificados en el mejor arte que puedan producir hombres libres y enérgicos, una habitación para el hombre como ninguna empresa particular podría llevar a cabo con respecto a la belleza y la conveniencia o propiedad, porque solamente el pensamiento colectivo y la vida colectiva podrían concebir las aspiraciones que daría el nacimiento a su belleza o tener la habilidad y el ocio para llevarlas a cabo. Yo por mi parte creería que fuera lo contrario de una pejiquera si tuviese que leer mis libros y encontrar a mis amigos en semejante punto, y no creo que estoy mejor viviendo en una casa estucada, vulgar, repleta de tapicería, que desprecio, degradante en todos los conceptos para la mente y enervante para el cuerpo, simplemente porque la llamo mi casa.

Antes de dejar este asunto de los ambientes de la vida, quiero responder a una objeción que podría hacerse. He hablado de la maquinaria que habría de usarse libremente para relevarnos de la parte más mecánica y repulsiva del trabajo necesario, y sé que para algunas personas cultas, personas de inclinaciones artísticas, la maquinaria es especialmente desagradable y dirán que el ambiente no será nunca agradable mientras uno esté rodeado de máquinas. Yo no admito esto; lo que perjudica la belleza de nuestra vida de hoy día.

es que dejamos a las máquinas ser nuestros amos en vez de nuestros sirvientes; en otros términos, es el indicio del terrible crimen que hemos cometido usando nuestro dominio de las fuerzas de la Naturaleza para esclavizar a la gente, sin tener en cuenta la felicidad de la vida que les robamos.

Con todo, para consuelo de los artistas, diré que creo, en efecto, que un estado de orden social nos conduciría probablemente al principio a un gran desarrollo de maquinaria para fines realmente útiles, porque las gentes tendrán deseo de acabar pronto con el trabajo necesario para mantener a la sociedad, pero luego encontrarán que no hay tanto trabajo que hacer como creían y entonces tendrán tiempo de meditar el asunto otra vez, y si les parece que tal o cual industria podrá ejercerse más agradablemente a la mano que con la maquinaria, seguramente abandonarán las máquinas. Esto no es posible ahora, porque somos los esclavos de los monstruos que hemos creado. Tengo cierta esperanza de que la misma elaboración de la maquinaria en una sociedad que no tiene por objetivo multiplicar el trabajo como sucede ahora, sino llevar una vida tan placentera como sea posible, conduciría a la simplificación de la vida, y por esto mismo a la reducción de la maquinaria.

Resumiendo, pues, mis pretensiones de una vida racional, puedo decir que pido: 1.º, un cuerpo sano; 2.º, una mente activa en consonancia con el pasado, el presente y el futuro; 3.º, ocupación propia para un cuerpo sano y un espíritu activo, y 4.º, un mundo bello en que vivir. Estas son las condiciones de vida que en todas las edades el hombre culto se ha propuesto como cosa apetecible ante todo. Hartas veces ha quedado tan frustrado en sus aspiraciones, que ha vuelto anhelosos

sus ojos hacia atrás, a los días que precedieron a la civilización, cuando la única tarea del hombre era buscarse la comida día por día, estando la esperanza en él dormida o imposible de expresarse.

En efecto, si la civilización, como muchos piensan, impide la realización de la esperanza de vida, entonces la civilización impide a la humanidad ser feliz, y si esto es así dejémonos de todas las aspiraciones hacia el progreso, de todo sentimiento de buena voluntad y afecto entre los hombres, y arrebatemos cada uno lo que podamos del montón de riqueza que los tontos crean para que los pícaros engorden, o mejor aún descubramos tan pronto como sea posible algún medio de morir como hombres, ya que se nos impide vivir como tales.

Pero la cosa no está tan mal; podemos cobrar ánimo viendo que nosotros, los de esta generación, a pesar de todos sus tormentos y desórdenes, tenemos una herencia maravillosa de trabajo de los que nos han precedido y que el día de la organización humana está amaneciendo. No somos nosotros los que podemos construir el nuevo orden social; las generaciones pasadas lo han hecho por nosotros, pero podemos abrir nuestros ojos a los signos de la época para ver que la obtención de buenas condiciones de vida es posible y que ahora es de nuestra incumbencia extender la mano para cogerlas; y ¿cómo? Principalmente, creo, educando el pueblo a tener conocimiento de sus capacidades reales como hombres para que puedan usar en su propio provecho el poder político que no tardará en confiárseles; a hacerles ver que el viejo sistema de organizar el trabajo para la ganancia individual resulta inmanejable, y que todo el pueblo tiene que escoger ahora entre la confusión que resulta del hundimiento de este sistema

y la resolución de tomar en sus manos el trabajo que ahora está organizado para la ganancia y de emplear esta organización para la vida de la comunidad; a hacer comprender a la gente que los individuos que buscan ganancia no son una necesidad sino un estorbo para el trabajo, no tan sólo y principalmente porque son las perpetuas clases pasivas del trabajo, sino más bien por el despilfarro que su existencia, como clase, necesita. Todo esto lo hemos de enseñar a la gente cuando lo hayamos aprendido nosotros, y admito que el trabajo es largo y pesado, como he empezado diciendo que la gente ha llegado a ser tan temerosa de cambios por el miedo al hambre y hasta los más desgraciados son estólidos y duros de mover. Pero por duro que sea el trabajo, su recompensa no es dudosa. El mero hecho de que grupos de hombres, aunque pequeños, se han juntado como misioneros del ideal comunista, demuestra que el cambio se verifica. Como la clase trabajadora, la verdadera parte orgánica de la sociedad acepta estas ideas, la esperanza surge en sus individuos y reclamarán cambios en la sociedad de los que muchos, sin duda, no tenderán directamente a su emancipación porque se reclamarán sin el debido conocimiento de la única cosa necesaria para pedir la igualdad de condición, pero que indirectamente ayudará a desorganizar nuestra podrida sociedad farsante, mientras esta petición por igualdad de condiciones se hará constante y cada vez más reciamente, hasta que sea escuchada y entonces será obra de un paso la socialización del mundo civilizado, y mirando atrás sobre lo que ha sido, quedaremos asombrados de pensar cuánto tiempo hemos consentido en vivir como vivimos ahora.